

miseros y hambrientos hubieran deseado que cambiara su situación si de ello hubieran tenido la menor esperanza; mas para ellos, como para el mujik ruso, «iel cielo estaba demasiado alto!» El ideal del siglo XVIII que realizó la Revolución francesa está bien caracterizado por *Les Brigands*, de Schiller, drama representado por primera vez en 1782. Aquellos «bandidos» son burgueses enamorados de la justicia que endereza los entuertos de los señores, del juez, del propietario; pero entre aquellos rebeldes sublevados por la iniquidad del siglo, no hay un solo obrero ni un campesino: Schiller no se había dado cuenta de que aquellos eran también, como los burgueses y los hijos de burgués, seres odiosamente explotados; si se quejaban nadie oía sus quejas.

De ese modo, la emancipación política de la parte del Tercer Estado que constituía la burguesía, ya querida, reivindicada por la gran mayoría de los interesados, era inevitable: a este respecto, la revolución no tenía más que confirmar lo que la evolución de las inteligencias y de los intereses había realizado de una manera definitiva. ¿Pero eran republicanos aquellos burgueses que querían el reconocimiento de sus derechos adquiridos y había de coincidir su triunfo con el de una forma política igualitaria? De ningún modo. Así como las colonias americanas, desprendiéndose de Inglaterra, se creían todavía fieles, leales y manifestaban con perfecta sinceridad su adhesión a la madre patria, así también Francia, al lanzarse a la gran aventura de rebeldía que había de terminar por la muerte violenta de los soberanos y la proclamación de la República, era con toda franqueza y entusiasmo completamente realista. La multitud no comprendía la existencia de una sociedad que no fuese go-

bernada por un rey, por un amo «bondadoso» o «grande». Aparte de una minoría compuesta casi toda de pensadores pertenecientes a la nobleza y a la alta burguesía, es decir, a las clases que disponían de tiempo suficiente y que podían darse cuenta personalmente de los actos y de la conducta de la corte, la masa de la nación no pedía más que precipitarse servilmente para llorar de emoción al paso de un rey. Durante los años más agitados que precedieron al «Ochenta y nueve» los hombres que después se distinguieron por el ardor con que combatieron los actos de la monarquía y que votaron sin vacilar la muerte de «Luis Capeto», tuvieron indudablemente por primer ideal un reino de grados jerárquicos, donde toda ley y toda gracia hubiera manado de un trono como de una fuente natural. Fué necesario que la impía lógica de los acontecimientos les impulsara y les forzara a hacerse republicanos. El cadalso levantado para el rey y la reina fué un accidente, el efecto de una desavenencia momentánea entre los autores principales del drama político, y cuando la historia adquirió su curso normal, produjo naturalmente la restauración de la monarquía.

Los hombres se despojan muy lentamente de sus preocupaciones hereditarias, y más de un siglo después de la Revolución—con este nombre llamada como si hubiera derribado todo—se observa ampliamente en Francia que el antiguo fondo monárquico subsiste todavía; la mayor parte de los supuestos ciudadanos no tienen la audacia de serlo; piden amos que piensen y obren por ellos. Si el antiguo reino no se ha reconstituido, débese a que los candidatos de la dominación, comprendiendo en su número los tribunos del pueblo, son numerosos y se hacen guerra mutuamente. Y si se

Dedicaremos nuestro próximo número a la exposición de las ideas del profesor González Rucavado acerca del Poder Docente o Universidad Nacional.